



El hambre no solo se combate con comida

En la comunidad etíope de Mawo, al norte de un país en el que el hambre es una constante recurrente, vive Halima Abdala mujer, viuda y cabeza de familia. Halima reúne todos los requisitos para formar parte de las negras estadísticas del hambre y la pobreza de un país que, a pesar de haber experimentado un más que notable crecimiento económico en los últimos años, se mantiene todavía entre las naciones a la cola del desarrollo. Pero Halima no quiso conformarse con esa suerte. Hace tiempo que los hijos mayores abandonaron el hogar familiar para buscar el sustento en otros lugares, a su cargo quedan solo los dos menores. Por ellos decidió tomar ella sola las riendas de su propia vida, haciendo frente a las críticas y la incomprensión de sus vecinos, y por ellos, saca fuerzas cada día para sobrevivir.

Hace ya unas horas que el calor pega con fuerza en Mawo. Bajo un sol de justicia, Halima se afana por sacar rendimiento a su pequeño terreno. Hay que mover la tierra para dejarla preparada para la próxima siembra. El arado, guiado con mano firme, marca surcos en el suelo seco levantado terrones pedregosos. Cada movimiento saca un grito de la garganta de Halima, como una voz de mando que indica quién es la que tiene la fuerza; un grito que bien puede ser de aliento, de apoyo o de triunfo. Manejar el arado no es fácil y suda bajo su velo de colores. Hace ya años, de niña, se lo hicieron creer: el arado era solo cosa de hombres. Y hasta que el programa, que puso en marcha Manos Unidas y sus socios locales de la diócesis de Adigrat, no llegó a su comunidad, así lo creyó siempre. Lo vio con su madre y, durante mucho tiempo, lo vivió en persona. De poco valía ser propietaria de ese pequeño terreno si más de la mitad de la cosecha debía entregársela al hombre que araba por ella. De poco servía su esfuerzo por intentar sacar adelante a sus hijos si el fruto de la tierra solo daba para sobrevivir...



Al fondo del terreno, entre el maíz, dos mujeres observan a Halima: son su madre y su hija. Tres generaciones reunidas, tres ejemplos de cómo con formación y un nivel de educación adecuados, es posible cambiar las mentalidades, por muy cerradas que estas sean. Tres ejemplos de cómo el hambre es posible combatirla con algo más que con comida.

“Antes cuando yo era hija, nos dice Halima en un momento de descanso, mi madre no sabía los beneficios de poder arar por su cuenta. Ahora, mi hija sí los conoce. Sabe que estamos consiguiendo toda la producción para nosotras y también la paja para alimentar a los animales... Pero ella prefiere estudiar y no tener que trabajar en el campo”.



La niña, de doce años, observa con atención cada movimiento de su madre. El colegio todavía no ha empezado y aún cuenta con tiempo para poder encargarse de alguna de las tareas de la casa. Halima muestra todo su orgullo cuando afirma que su hija ya ha aprendido que las mujeres pueden trabajar su propia tierra. Y espera que su hijo también participe en las actividades del hogar “sin que esto le haga sentir mal”. Nuestra protagonista tiene clara su misión: “educar a mis hijos así para que tengan una vida mejor que la mía”. Halima ha comprendido que tener bueyes y un arado en propiedad y hacer uso de ellos, no es transgredir las normas, sino hacer valer sus derechos.



Su ejemplo ha empujado a otras a seguir sus pasos, y poco a poco, las mujeres de Mawo van sumándose al programa. En esta pequeña comunidad ya son unas cuantas las que se han atrevido a desafiar a la tradición. Y lo mejor es que están terminando también con la reticencia de muchos hombres. Con ellos comparte el agua de la pequeña presa construida también con apoyo de Manos Unidas para dar de beber al ganado, aunque no se relacionan... Ella sola se arregla con los bueyes, que recibió del programa, y con sus cabras. La cercanía de la presa le ahorra mucho tiempo, que puede dedicar a otras tareas.

Falta poco para la caída del sol y la dura jornada de Halima aún no ha terminado. La dejamos sentada a las puertas de la casa, haciendo un alto en el trabajo... Mañana será otro día.

La historia de Halima Abdala, podría ser la historia de otros miles de hombres y mujeres con y por los que trabaja Manos Unidas. Una organización no gubernamental para el desarrollo (ONGD) católica y de voluntarios que, desde 1960, trabaja por acabar con las fronteras del hambre en el mundo. Un hambre que "no solo se combate con comida"; un hambre a la que únicamente se puede derrotar si existe una voluntad real para hacerlo. Porque el hambre de la que hablamos no solo se limita a la falta de alimentos, sino a la imposibilidad de cubrir unas necesidades tan básicas como la educación, la sanidad, la posibilidad de acceder al agua potable y al saneamiento adecuado o, incluso, a la capacidad de poder reclamar esos derechos que a todos nos amparan desde el momento de nuestro nacimiento: los derechos humanos.